



DE DON CARLOS DE UDARCA,
Y DOÑA ISABEL DE CONTRERAS.

DECLARANSE LOS VALEROSOS ARRESTOS,
y muertes, que hizo este mancebo por los
amores de su Dama.

PRIMERA PARTE.

R Ompa mi voz el silencio
de esa fulminante esfera,
para dár claras noticias:
atencion, que ya comienza
lo rustico de mi ingenio,
y lo torpe de mi lengua
á referir por extenso
el amor de una Doncella.
En la Ciudad mas ilustre,
que toda España rodéa,

en la insigne Zaragoza,
apacible, amena, y fresca,
vivía Don Agustin
con su esposa Doña Andréa;
dióles el Cielo una hija
tan hermosa, que se lleva
la gala de las mugeres;
porque Cupido, con quexa,
en sus dos hermosos ojos
le quiso poner dos flechas,

sien-



siendo las cejas dos arcos,
que vencedoras penetran
al corazon de los hombres,
pues á quantos mira , dexa
del amor arrebatados
aquesta Diosa Minerva;
pero voy á la substancia,
y digo , que aquesta prenda
apenas cumplió tres lustros
de su edad florida , y bella,
se pagó de un Cavallero
de la Ciudad de Valencia,
que por no sé qué cosillas
está ausente de su tierra;
y apenas que lo han sabido
sus padres , casarla intentan
con un primo de esta niña,
que es Mayorazgo en su tierra;
mas ella , que lo ha sabido,
á su amante le escribiera
diciendo : Señor Don Carlos,
sabrás su merced por ésta,
como mis padres me casan
violentada ; de manera,
que si usted no ha de sacarme,
me daré la muerte fiera,
á el silencio de un veneno,
ó á lo recio de una cuerda:
no haya falta , dueño mio,
mira que el plazo se acerca.
Quien mas te estima y adora,
Doña Isabél de Contreras.
Con esto cerró el villete,
y se lo dió á una tercera,

que se lo lleve á Don Carlos:
el qual de verlo se alegra,
diciendole á la criada:
Diga , usted , que se prevenga;
que en aquesta misma tarde
la he de sacar , porque sepan,
que soy Don Carlos de Udarca,
Cavallero de Valencia,
que lo he de hacer con las manos
como lo dice la lengua.
Y vistiendose un colete,
un calzon , y media negra,
unos zapatos morunos,
porque á su vista se alegran,
una charpa , y seis pistolas,
y un trabuco que se lleva
del porte de una naranja
la bala , que dentro encierra;
y montando en el cavallo,
con dos cortas escopetas,
y una espada de las anchas,
capote , capa , y montera,
iba mas galan , que el Sol,
y mas fuerte , que una piedra.
A la calle de su Aurora
llegó , y haciendo una seña,
la Dama , que está en aviso,
se baxó por la escalera;
pero á el salir á la calle,
la desgracia , que lo ordena,
encontróse con su padre,
y su primo , que la cercan,
diciendole : Adonde vás?
Ella respondió severa:

A



A recibir á mi dueño;
con esto el primo se alegra.
Y estando en estas razones,
Don Carlos tocó á la puerta:
el padre , que anduvo pronto,
tiró del pestillo , y entra
diciendo : Señores míos,
yo vengo por esa prenda,
y me la tienen de dár
por voluntad , ó por fuerza.
Desde oyen estas razones,
como dos serpientes fieras,
arrancando las espadas,
á Don Carlos se vinieran;
mas fueron bien recibidos,
porque á la prontitud diestra
de la voz de una pistola,
con dos balas le penetra
los pechos á su enemigo.
El tío , que aquesto viera,
bufa como toro herido,
pero pagó con la mesma
cantidad , que su sobrino,
y así fueron á dár cuenta
al Supremo Tribunal:
de Dios alcancen clemencia.
A este tiempo los sobrinos
toda la casa rodéan:
avisan á la Justicia,
la qual vino muy ligera,
diciendo : Date á prision,
ó la muerte te condena.
Mas arrancando el trabuco,
hizo su oficio la piedra,

desabrochando la ira
de la polvora perversa
aquella perversa bala,
que cinco vidas se lleva,
dexando al Corregidor
el cuerpo sin la cabeza.
Hizo despoblar la calle,
y queriendo salir fuera,
nueve Soldados le embisten,
y toda la parentela
de aquel Angel peregrino,
que con sollozos se queja,
diciendo : Dueño querido,
yá la muerte se me llega,
porque te miro cercado
de tanta gente perversa,
que te tiran sin piedad
á dár muerte en mi presencia;
mas si he de vivir sin tí,
no quiero la vida , muera
yo tambien , que he sido causa,
que en ese lance te veas,
y así llevaré con gusto
el morir en tu presencia,
dixo , y cambiando de trage,
calzon , colete , y montera,
dos pistolas , y una espada,
salió á la calle ligera.
Por amparar á su dueño
Recibió aquesta Doncella
tres heridas en el pecho,
y un balazo en la siniestra
mano , con que desmayada
se tendió sobre la tierra;



SEGUNDA PARTE DE LOS VALEROSOS
 hechos de Don Carlos de Udarca, y de como se
 casó con su Dama Doña Isabel de Contreras:
 con todo lo demás que verá el
 curioso Lector.

SUpuesto, noble Auditorio,
 que en otra parte primera
 dixé, que daría fin
 de toda aquesta tragedia:
 Pasados quarenta dias,
 con muy corta diferencia,
 Don Carlos se vido sano,
 y sus cicatrices buenas:
 preguntando por su dueño,
 los Padres dan por respuesta,
 que en las Monjas Capuchinas
 se deposita, y que sepa,
 que todavia está mala;
 pero vea lo que intenta

para salir de aquel Pueblito,
 que con pesquisas ligeras,
 y requisitorias largas,
 que á toda España rodean,
 procuran el dár con él,
 y le tendrá mala cuenta.
 Oyendo aquestas razones,
 dispuso vér á su prenda,
 y para la execucion
 fue á las Monjas, y se llega
 al torno, y dando dos golpes,
 le respondió la Portera,
 y él le dice: Madre mia,
 sabe usted si está yá buena

oño

una



una señora, que vino
herida, y por mas señas,
Doña Isabél es su nombre,
y su apellido Contreras?
La Monja le respondió:
Yá esa señora está buena,
pero todavia debil,
puesta en la convalecencia
asiste: si quiere usted
que lleve, ó diga qualquiera
recado, que usted me mande,
lo haré con pronta obediencia.
Pues tome, Madre, este anillo,
y digale á esa Doncella,
si lo conoce, que aguardo
en el Libratorio, y sea,
si puede ser, su venida,
ó que si no, la respuesta.
Con esto se lo entregó,
la Monja con grande priesa
fue, y se lo dió á la señora,
la qual de verlo se alegra,
porque sin tardarse un punto
se baxó por la escalera.
Asi que vidol á su amante,
uno, y otro vierten perlas
por los ojos de contento:
Y le dice la Doncella:
Dime, mi bien, lo que harémos,
y ya tú estas sano, y yo buena,
pero en aqueste contorno,
nos tiene muy mala cuenta
el quedarnos, con qué asi
puedes elegir qualquiera

medio para que salgamos;
que pues dices, que en Valencia
tienes todos tus parientes,
discurro, que fuera buena
idéa el irnos allá,
gozaremos de la Iglesia
la divina Bendicion,
que puede ser que asi tengan
descanso nuestras fatigas,
el alivio tantas penas.
Qué te parece, Don Carlos?
Decís bien, señora, sea
quanto antes el viage.
Pues en esta noche mesma,
si te parece, saldremos.
Y previniendo las prendas,
joyas, y galas costosas,
con cantidad de moneda,
salieron en un cavallo:
la buelta para Valencia
toman, sin hacer parada
en posada, casa, ó venta.
Siempre caminan de noche,
y una mañana, que apenas
el claro, y luciente Febo
daba luz á las tinieblas,
se apartaron del camino:
toman una oculta senda
en lo intrincado de un bosque:
en medio de una arboleda
se sientan á descansar.
con cariñosas ternezas
quedó dormido Don Carlos,
mas la señora, que vela,

oyó



oyó ruido , y bo'viendo
la cara , vido que eran
diez famosos vandoleros,
que atemorizan la tierra.
Quiso ocultarse , y no pudo,
porque aunque anduvo ligera,
uno de los compañeros
los divisó , y con presteza
á los suyos les ha dicho:
Amigos , tenemos presa:
vean ustedes donde están
dos personas , y se prueba
el ser la una muger.
Vamos á vér como queda
nuestra fortuna , que bien
parece gente de prendas.
La señora con sollozos,
que quebrantaba las piedras,
despertó á su tierno amante,
diciendo de esta manera:
Levanta dueño querido,
que hoy nuestra vida se queda
en manos de estos vandidos.
Prenda mia , y cuántas penas
á mi corazon ahogan;
pues veo tantas tragedias
como nos están pasando,
siendo la causa yo mesma.
Estando en estas razones,
Don Carlos , que se recuerda,
oyendo aquestos lamentos,
le dice : Querida prenda,
qué tienes? Porqué suspiras?
Quién ofende tu belleza?

Y rodeando la cara,
vido pronta la evidencia.
Se levantó presuroso
con el trabuco , y se queda
plantado , diciendo : Amigos,
alto , no pasen siquiera
un paso , porque á no hacerlo,
hemos de regar la tierra
con la purpura , que está
encerrada en nuestras venas.
Mas viendo tal desahogo,
los vandoleros se quedan
pasmados de su osadía;
y el Capitan les dixera:
Matadlo , á quando se aguarda?
Don Carlos , que aquesto oyera,
el corazon le partió
á el Caudillo , y tambien dexa
otro compañero herido.
Aqui sí fue la pendencia
mas reñida , que se ha visto,
ni en las historias se cuenta.
Le mataron el cavallo,
y le han quebrado una pierna,
no del todo , pues que pudo
montar con libealeza
en otro sobervio bruto,
y á el que no mata , atropella,
colerico , y enojado.
La señora casi muerta,
muy desmayada , decia:
Asiste , Fortuna adversa;
con qué rigor me maltratas!
en mí se empleó tu rueda.

